

bonita será la isla de Wight; no se le niega su mérito á la perla del Estrecho, al canastillito de flores, donde colgó su nido de poeta el laureado Tennyson; aquella isla tendrá un clima agradable, será muy salubre, estará, sobre todo, perfectamente cultivada y dispuesta por los ingleses, que no son como nosotros y saben sacar partido de los rincones fértiles y amenos; pero ¿quién soñaría bellezas como las

sulto y un piropo, á veces, quieren decir exactamente lo mismo.

— Pero las insultadas de la calle de Sevilla eran...

—Lo mismo importa quiénes fuesen. Artesanas puestas en evidencia momentáneamente por un suceso al cual la prensa dió resonancia internacional; artistas de este ó del otro género..., ¿qué más da? Ellas eran mujeres, seres humanos, que transitan por una calle y que tienen pleno, absoluto derecho á no ser molestados, á cruzar como los demás transeúntes, libremente, tranquilamente. La barbarie primitiva, intacta en lo que se refiere á la mujer, es la única causa de ese acosón feroz, inhumano, que todos los diarios reprueban en términos de energía; pero ninguno se da cuenta del origen de semejante fenómeno, del espíritu general á que responde.

—En efecto, este chaparrón de crímenes mal llamados pasionales, en que la víctima es siempre una mujer...

—Y en que los criminales tienen la impunidad casi segura... ó al menos un castigo tan leve, que prefieren exponerse á él que consentir la mortificación de su brutal amor propio, cuando la hembra se les va con otro más afortunado ó cuando sencillamente, sin irse con nadie, se resiste á continuar el trato amoroso. Si la mujer es un ser débil y excepcional, toda violencia contra ella debiera ser penada con severidad terrible.

—La verdad es que no pasa día que no se registre algún asesinato de mujer.

—Ya ha llegado á no conover á nadie, á fuerza de repetirse, ese hecho.

—Debiera suceder lo contrario.

Cuando un hecho se repite demasiado, indica un mal social á cuyo remedio urge acudir. Nada tiene de alarmante para la sociedad lo que sólo por excepción y muy de tarde en tarde ocurre. Los mismos atentados anarquistas, mirándolos bien, no me parecen tan graves como este espíritu de hostil desprecio á la mujer, síntoma que no puede revelarse sino en pueblos donde no penetra la cultura moral.

—España, sin embargo, adelanta.

—Algo, sí, en lo material..., aunque despacio, muy despacio. Moralmente creo que atravesamos una honda crisis, complicada con un letargo abrumador. Las direcciones nuevas del sentido social no se han impuesto, y las antiguas caducaron. Es el peor momento. Cualquier cosa que venga, será preferible.

—Y ¿eran realmente señoritos los que acosaron así á mujeres indefensas?

—¡Qué sé yo! Formarían parte de esa taifa de ociosos, sin oficio ni beneficio, juerguistas perpetuos, que unas veces salen á la calle á las altas horas llevando en burlesca procesión á las desventuradas esclavas del vicio, otras escandalizan en el Retiro y amenazan á los agentes de la autoridad, que les llaman al orden, con el desempleo—amenaza que siempre produce su efecto en este país del *bon plaisir* político y gubernamental,—otras se divierten en pegar fuego disimuladamente á las carrozas carnavalescas, y por vía de entretenimiento se estacionan en puntos concurridos, á estorbar y molestar á los transeúntes... ¡Señoritos! La palabra es elástica.

—Usted tiene decidida aversión á esa mala hierba.

—Les profeso horror. Me parece menos dañosa la partida del *Vivillo*, gente del bronce que al fin expone su vida, que esta polilla de la capital, resuelta á erigir en institución el jaleo, y preciada de graciosa, cuando su gracia es insolencia soez, su alegría mueca de mono, sus travesuras gansadas insípidas, sus chistes la desleitura del género ínfimo y chabacano... Yo les deportaría. Promulgaría una ley que dijese: «Todo ciudadano convencido de no hacer nada más que recorrer cafés y timbas, será remitido dentro de un saco á las colonias que nos queden..., que vaya usted á saber cuáles son.»

—Estoy enteramente conforme.

—¡Ya lo creí! Como que es usted..., mi desdoble, mi propia personalidad que se contesta á sí misma...

EMILIA PARDO BAZÁN.



EL EMINENTE PIANISTA IGNACIO JUAN PADEREWSKI, que próximamente dará dos conciertos en el teatro Principal de esta ciudad. Medallón modelado por Alfredo Nossig

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

—¿Por qué no dialoga usted alguna que otra vez sus crónicas? Ahora que se dialoga la novela...

—Nada más fácil... El diálogo es la forma natural en que verbaliza el pensamiento. Es una observación que hace tiempo registré, con cierta sorpresa. En esas oleadas de frases que acuden al cerebro sin salir á los labios, el diálogo predomina. El párrafo rotundo, en cambio, escasea. Abundan las interrogaciones, y las invocaciones son frecuentes.

—El diálogo presta á la crónica mayor rapidez, la hace más animada.

—Vaya por el diálogo.

—¿Conque la tierra, á la cual juzgábamos ya reposada y serena como antigua matrona, nos hace de vez en cuando jugarretas, descubriendo el incendio que abrasa sus entrañas?

—¡Ah, lo de Nápoles!.. ¡Pch! Eso es un atractivo más de la bella Italia, un *frisson* agradable para las *ladies* que la recorren. Quitadle á Italia Nápoles y la amenaza rugiente del volcán, y le habréis quitado infinidad de turistas.

—Millones dejan los turistas en Italia.

—Y aquí podrían y deberían dejarlos. España es más rica en monumentos y recuerdos, más diversa en aspectos y en climas, que ningún país de Europa. En Granada correría un río de oro, si hubiese hoteles amplios, confortables, á precios razonables. Los ingleses lo convertirían en estación de primavera; se pasarían allí, encantados, un mes, dos meses. Ahora, apenas si se posan, como las golondrinas. Lo ven todo aprisa, y desaparecen.

—¿Y el peligro del hundimiento de la Alhambra?

—Continúa. No tengo noticia de que se haya conjurado de un modo seguro. Nos olvidamos de él á ratos..., y un día tal vez nos sorprenda algún trágico telegrama.

—¿Podrán hacer con la Alhambra lo que se hizo en Madrid con la portada de la Latina, de la cual se ocupa ahora la prensa? ¿Recoger los fragmentos, numerarlos, guardarlos para una restauración conjetural y problemática?

—Ni eso. La Alhambra, si se hunde, se hace polvo menudo. Los materiales de ese palacio de silfos y gnomos son muy frágiles. No cabe reconstruir la mansión de Alhambra el Nazarita. La pátina encantadora que le han dado los siglos, tampoco se le podría dar á una reedificación, por cuidadosa que fuese. No conozco nada más odioso que las imitaciones y copias de ese estilo. Son fieles, exactas, literales, y sin embargo, son horribles, como lo es el salón de la Bolsa de Oporto.

—Existen, al lado de la Alhambra, los muros de un palacio de Carlos V, que no se terminó, si no me equivoco.

—¡Ah! ¡Y qué palacio! Aparte de la situación mágica y del paisaje incomparable que á la Alhambra rodea, estoy por decir que ese palacio del más puro Renacimiento, de la más exquisita elegancia, me gusta doble que el alcázar de los reyes moros. Si yo fuese rey español, y me casase, hubiese arreglado esa residencia divina para mi luna de miel. Muy

de Granada, con la Alhambra al pie, con ese edificio maravilloso por vivienda? ¿Qué monarca europeo posee un palacio semejante, como apeadero, como residencia eventual, de primavera, entre jardines poblados de ruiseñores, llenos de estanques y fuentes, tupidos de cipreses, rosales y celindas?

—¿No sería muy caro restaurar ese edificio?

—No lo creo. El Patrimonio debe de poseer bosques que ofrecerían la madera. Sus paredes son de una solidez que contrasta con la ligereza ingravida de la Alhambra, la cual se diría que no pesa sobre el suelo.

—¡Qué pena, ver destinado á hundirse sin que nadie lo habite, un palacio semejante!

—El caso no es raro en España. En el período de abundancia y grandeza de nuestro Imperio se construyó mucho, y después, reconcentrada la vida de los reyes en la corte y en algunos sitios reales, hermosos edificios cayeron en el olvido. Lo mismo ocurrió con los caserones solariegos y las casas-fuertes de la aristocracia. Así se ven cuadros tan lastimosos como el del gran castillo de los duques de Alba en Alba de Tormes, del cual se llevaron los vecinos hasta las piedras y que hoy no es más que una desolada ruina. El abandono destruye doblemente que el paso del tiempo.

—Con las ideas que tiene usted acerca de la mujer y del respeto que en todo caso debe tributársele, estará usted indignada ante el espectáculo que estos días de Semana Santa se ha dado en la calle de Sevilla, en el corazón de la corte, silbando, estrujando y piropeando lascivamente á mujeres, obligándolas á correr y buscar refugio, asustadas y despavoridas.

—¿Indignada? No: la indignación revela siempre una mezcla de sorpresa, y yo confieso que aquí, en lo que respecta al modo de habérselas con la mujer, nada me sorprende. ¿Qué va á sorprenderme, si diariamente pruebo, por experiencia personal, los efectos de este espíritu difundido en la sociedad y en la época en que me ha tocado vivir?

—¿Lo cree usted así? ¿Tiene usted motivos de queja?

—Desde luego, sobra decirlo, no son del mismo género, no revisten la misma forma que las salvajes agresiones de la calle de Sevilla..., pero responden al mismo criterio las demostraciones más ó menos claras que yo podría catalogar, de que aquí, lejos de existir esa galantería con la cual nos han aporreado los oídos, lo que existe es un desprecio profundo, tal vez inconsciente, hacia la mujer. Un in-